

## Melodrama de Invierno

Crítica acompañada de “Velódromo de invierno”, de Juana Salabert

Medrosos, tremosos y, en suma, acojonados, andábamos los miembros de La Fiera Literaria desde que aquella novelista amenazara con venir a partirnos la boca, en represalia por nuestras críticas a los escritores malos. Un colectivo con el que, ella sabrá por qué, se sentía muy solidaria e identificada. El caso es que, pasado cierto tiempo desde las amenazas de esta paladina de la cultura en bote y el ranking de ventas, cuando ya casi nos habíamos olvidado de su desafío, hete aquí que del televisor de un piso cercano al *Fierabulding* surgió con grave voz el siguiente nombre: ¡Juana Salabert!, y así que fue oído por todos los presentes raudo corrimos a ocultarnos tras las cortinas, bajo las mesas, en el armario. ¡Ya está aquí!, ¡ya viene!, era el grito general.

Pasó de esta manera, todos tensos, en silencio y escondidos, cerca de la hora, sin que llegara a producirse el estallido de cristales o el reventar de la puerta, como temíamos. Al cabo de este tiempo, y habiendo mandado a algunos fieras de entre los más valientes en expedición indagatoria, descubrióse que la causa de haber sido pronunciado tan alto y claro el nombre de la señora Salabert era que ésta había ganado el por entonces prestigioso premio Biblioteca Breve, de Seix Barral. Aquí pudiera estar, opinaron algunos fieras ante esta noticia, la explicación a ciertas cuestiones que teníamos por sumamente extrañas e incomprensibles; aquí el motivo por el cual esta mujer nos escribió en su momento aquella carta (ver número 99 de La Fiera) llena de insultos e improperios que tituló “respuesta razonada a la sinrazón más vil”. Su extemporaneidad, su impertinencia, el tono de “dejadme a mí que los machaco” dicho por una persona como ella que, después de todo, pasaba por allí, nos tenía un tanto desconcertados. Pero ahora, según aquellos fieras más sesudos, todo podía cuadrar. Pudiera ser, decían, que esta señora, en un raro sueño premonitorio, hubiera adivinado que iba a ganar el Biblioteca Breve; y anticipándose entonces a nuestra posible crítica al premio, jugara con la baza de descalificarnos ella primero para, a partir de ahí, presentarse como mera víctima de una ruin venganza. Todo es posible en el inextricable mundo de la promoción editorial.

Velódromo de Invierno, como se titula la novela, es la historia, se nos anticipa en contraportada, de la gran redada que tuvo lugar en París el 16 de julio de 1942, donde fueron detenidas más de 13.000 personas que llevaban cosida a la ropa la estrella amarilla que los identificaba como judíos. Muy pocos regresaron del campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Como puede desprenderse de este resumen, el tema de la novela es crudo, violento, áspero, sin espacio a concesiones ni lugar para desmayos. Un tema, en fin, para escritores serios. O para escritores que pretenden pasar por serios (y subrayo el pasar por). Porque, efectivamente, escritores hay (no digo, ya de primeras, Juana Salabert) que recurren a los temas más agrios y espinosos como medio de salvaguarda contra una posible calificación de triviales, y para labrarse prestigio de profundos. Con el añadido de que, en nuestro país al menos, tan insulso y amojamado en lo que se refiere a debate cultural, cualquier crítica negativa hacia estos libros, cualquier puesta en consideración del resultado, enseguida es respondida con un reproche hacia la falta

de sensibilidad del crítico, cuando no con diversas insinuaciones sobre su posible filiación ultraderechista y camisoparda. Así las cosas, éste sería el momento de formular la preceptiva excusa, de realizar la acostumbrada protesta sobre nuestro limpio pasado, o de hacer la habitual profesión de fe. Los fieras, sin embargo, contrarios a cualquier tipo de peaje, impuesto o cruz en la casilla, preferimos pasar por encima de todo este disculperío previo y exhibición mutua de cicatrices para juzgar luego la novela como a nosotros nos parece lo sensato, esto es: sin atender a otros criterios más que a los de su presunto valor artístico o altura intelectual.

Por lo pronto, decir que Velódromo de Invierno contiene una serie de escenas duras, terribles, como, indudablemente, debieron ser las ocurridas en el recinto ciclista donde los pobres judíos se encontraban confinados. Momentos de una crudeza extrema que la autora, sin embargo, no considera suficiente, y así viene a subrayar e incrementar dicha crudeza con un cierto matiz melodramático. Es el caso de una de las mujeres, quien, intentando en vano huir de la ocupantes nazis, se ve obligada a malvender cierta estatuilla, una sirenita, que su familia había ido conservando de generación en generación “para que protegiese a mi descendencia de la adversidad y de los irse a pique del destino”. O es el caso de esos adolescentes que comienzan a sentirse atraídos en medio del encierro, pero son repentinamente separados por una avalancha. Evocaciones almibaradas de antiguos amores, que también las hay, y esta duda que le asalta a cierto personaje en la página 207 y que sirve para cerrar rotundamente un capítulo (las cursivas son de la autora): “Sebastián, escúchame, Sebastián, por favor. Tú sabes, los dos sabemos... sabemos que no puedo ser hijo suyo. Que no soy hijo suyo. Y ahora dime, por favor, dímelo aquí, debajo de sus ventanas... ¿Hay alguna posibilidad de que yo... de que yo sea hijo tuyo?”, nos hacen llegar a la conclusión de que esta mujer ha confundido la tragedia con el dramón. En medio de la total e irracional brutalidad, el salvajismo y la sinrazón deberían sobrarse por sí mismos, en su desnuda y sena iniquidad, para estremecernos; la adición, simple y fácil, por otra parte, de lo lacrimógeno, no consigue sino hacer irreal todo el conjunto.

Los personajes de Velódromo de Invierno tienen todos ellos un comportamiento ampuloso, una agitar teatral de manos en el aire, y se expresan con un tono grandilocuente que muy a menudo los deja en ridículo. Uno de los protagonistas, de quien se nos dice es persona muy ambiciosa (aunque nada posteriormente, en el transcurso de la novela, venga a confirmar este carácter, pero bueno), preguntado por algo que deseara llevarse como regalo de una tienda, extiende los brazos hacia un globo terráqueo y dice: “quiero el mundo”. Aparte de los diálogos y confesiones tremebundas que se traen entre ellos, y los discursos con que se adornan, todos los personajes de Velódromo de Invierno se encuentran, sin excepción, plenamente imbuidos de su trascendencia histórica. Adelantados en gusto y sensibilidad a todos sus contemporáneos, son incluso capaces de juzgar los tiempos en que viven y de captar lo significativo de su época desde una perspectiva “superior” que sólo puede dar el paso de los años. Así, es normal entre estos personajes decir lo siguiente: “hoy nos vamos al cinematógrafo, que asegura Rabbí Talavera que todos estos inventos del siglo son buenos y nos traerán paz y venturas”. O son capaces, sólo cinco renglones más abajo, de alabar “los méritos liberadores de esas *avant-gardes* que nos cam-

biarían las vidas limpiándolas del polvo y la paja de los mil y un prejuicios”. Un niño de 14 años 14, encerrado en el velódromo, dice: “me temo que aquí sólo funcionaría el azar... un azar de tipo “surrealista”, bueno, de esos poetas que lee Jean con sus amigos en ciertas revistas”. Por todas estas cosas, los personajes de Juana Salabert exceden su, seguro que en opinión de la autora, vulgar condición de seres humanos aturridos por los sucesos y las modas inmediatas para transformarse en prodigios de perspicacia, a veces pasmosa: “casi todos mis compañeros se disputaron la mesa de Lenin y yo elegí la de Blaise Cendrars”. Cuando no por agudos, los personajes de este libro nos asombran por lo prematuramente enrollados: así, en el Berlín de antes de la guerra “fumamos los restos de la grifa que nos trajimos de Tánger”. En ocasiones, su extraordinaria altura intelectual les sobrepasa, tal en la escena en que uno de los protagonistas, miliciano durante nuestra guerra civil, libra a un joven falangista de un linchamiento y, mientras le vigila en la cárcel, surge entre ellos, como si tal cosa, una conversación acerca de Jasón, Aquiles, Héctor... “nos pasamos el resto de la noche hablando de Homero (y recitándolo)”. Tal también en aquella otra ocasión en que, atravesando unos niños huidos de los nazis, clandestina y nocturnamente, los Pirineos, a uno de ellos le dio un ataque de pánico y uno de los resistentes que les guiaba “logró calmarlo recitándole al oído lo poco que recordaba de la Chanson de Roland”. Sin poner en duda los valores literarios de la Chanson de Roland, obra cumbre de la lírica medieval francesa, no creo yo, sinceramente, que esa extraordinaria epopeya a rebosar de sangre, espadas, lanzazos, armaduras abolladas, brazos tajados, cráneos hendidos y cabezas rebanadas, sea la recitación más adecuada para tranquilizar a un niño al que le persigue la Gestapo.

El estilo de doña Juana Salabert es muy a menudo de vulgar juntapalabras: “se desmadejó entre mis brazos igual que una muñeca algodonosa de las rifadas en casetas del tiro al blanco en las ferias pueblerinas”. Valga de ejemplo también esta otra frase, tomada, como la anterior, a boleto: “la pobre sonaja de sus huesos vueltos después lenta ceniza sobre la tierra que ahora pisan quienes eluden el pavor de mirarlos”. Uno se encuentra con frases tontas: “desde que mercurio dejó de ser un dios para tornarse seductora bola de plata que mide fiebres y se esconde en los azogues”, proposiciones zopenecas, mal escritas y peor puntuadas: “menos mal que no naciste en esta época donde todos la llevan, la melena, de no ser porque empieza a escasearme el mío, hasta yo, Ilse, me uniría a esta moda de cabezas flotando al viento”, y, si no patadas, sí entradas terroríficas al diccionario con los tacos por delante: “lo remojas (un mendrugo de pan) en plan sopas para André”, “se había visto obligado a llevarlos (los zapatos) desde el empuje de aquella primavera”. Es general, a lo largo de la novela, un lenguaje enfático e impostado que quisiera pasar por bello y brillante, y hay, también por lo general, una inflación abrumadora de expresiones pretenciosamente profundas que hacen que la narración vaya perdiendo fuelle, vibración, vida, hasta caer excesivamente pronto en lo que en términos literarios se conoce como “tostón”. Para colmo, el estilo de Juana Salabert muestra en numerosas ocasiones la influencia del Maestro. ¿A qué Maestro me refiero? “Claro que entonces no hubiera podido saber que ese alguien sin nombre era su abuelo materno, mi amigo de juventud tan lejana, Arvid Landeman”. Pues al maestro Marías, quién si no.

En cuanto a la atmósfera general de la obra, cabe decir que, excepto en aquellos tramos (pocos) en que la autora se atañe a lo ocurrido en el velódromo sin apartarse demasiado de la simple exposición, lo más común es que el clima de tensión y dramatismo que se pretende crear, a fuerza de estirado y explotado, o más a menudo a causa de la simple incontinencia verbal de la autora, acabe por tambalearse y venirse al suelo de manera lamentable. Pongo aquí, como otras veces, dos ejemplos entre muchos. En la página 119, justo después de un párrafo bastante emotivo sobre la liberación de los prisioneros de Auschwitz, cree oportuno señalar la autora, por boca de quien lo cuenta, que “era medianoche y caminábamos por una de esas calles de provinciana quietud de un Madrid de lunas frías y edificios torcidos con comercios ruinosos en los bajos, y bares con el cierre a medio echar donde apuran eternos la “penúltima” parroquianos de espaldas a un televisor vociferante al que nadie atiende”. Cualquier lector de gusto refinado, y un escritor por supuesto, advierte que cada palabra dicha sobre Madrid, un escenario que al fin y al cabo no viene a cuento de la historia, se traduce en cientos o miles de kilómetros de lejanía respecto a Auschwitz, que es donde verdaderamente está el “corazón” de esta novela. Un escritor sensato e inteligente sólo se atrevería a practicar este distanciamiento de ser absolutamente imprescindible, e incluso así con sostenida moderación. En este caso, ya no sólo es que se trate de un alejamiento torpe y gratuito, es que la autora no sabe detenerse y acaba, al fin, por enviarnos de un brusco bandazo desde Polonia al Pozo del Huevo. ¿A qué cogno viene eso de la “penúltima” sino a dejar constancia de que la autora es persona entendida en los usos nocturnos madrileños y bohemia de pro? Viene aquí el segundo ejemplo, también en esta línea. Después de un párrafo sobre la inscripción *wurden vergast* (gaseado) que constaba al final de cada nombre en la lista de detenidos por los nazis, párrafo que progresiva aunque tambaleantemente ha ido ganando altura, irrumpe de pronto la autora, como otra veces, para “desvariar e imaginar que cuantos me rodeaban eran inminentes *wurden vergast*.. la mujer de la esquina, por ejemplo (...), el hombre que leía un diario al fondo, la chica que se estaba abrasando los labios con una rodaja de calamar... y el mozo que avanzaba hacia mí, al grito de ¡ya va, señores, un minutito!” Tal vez se trate de un prejuicio por mi parte, pero sinceramente no creo en la verdad ni en la importancia de una novela sobre el holocausto escrita los domingos por la mañana a la hora del vermut.

En lo que se refiere a la reflexión general que sobre los hechos hace la autora, y los pensamientos que esparce a lo largo de toda la novela, qué decir sino que no se aparta ni tanto así de lo que era predecible, es decir, que aprovecha cualquier ocasión para hacer gala de su postura de izquierdas, y dar fe de la profunda repugnancia que le producen los regímenes fascistas (opinión que compartimos, por descontado). De cualquier modo, la escritora aprovecha esta oportunidad que le han brindado las cámaras para, ya de paso, decir unas cuantas cosas sobre la expulsión de los judíos, el régimen de Franco, la inquisición, Carlos V, el caso Dreyfuss y un largo etcétera, en todos los cuales casos la autora cae en el error de contemplar y juzgar los hechos del pasado desde una óptica actual, que necesariamente ha de distorsionarlos. No se trata, por supuesto, de disculpar los crímenes, estos son irrefutables, pero es el caso que en cierto momento del libro la escritora arremete demasiado alegremente, por boca de uno de sus personajes y con un tono más propio de enlace sindical revenido que de escritor

que aspira a conocer la naturaleza humana, contra la población de Alemania porque ésta llevó a Hitler al poder con sus votos, porque se lavaba con jabones fabricados con la grasa de los judíos, porque no hizo nada, en suma, para impedir el exterminio. Ante esto, decirle a la señora Salabert que seguro que si los votantes alemanes hubieran sabido que en 1939 Hitler iba a llevarles a la guerra, que ésta duraría hasta 1945 y en esa fecha iba a caer el poderoso reich de los mil años, que en ese periodo iba a haber millones de muertos y su antipatía hacia los judíos iba a traducirse en un genocidio metódico, tengo dudas de que aquellos que dieron su voto al histriónico orador sencillamente porque les prometía trabajo, mejores sueldos o una cierta posición, lo hubieran hecho. Pero ocurre que no podían saberlo, como lo sabe ella. Y ocurre que, si no en campos de concentración, ellos también vivían bajo un régimen de terror y opresión, vigilados por una política secreta implacable, y posiblemente se lavaran con jabones hechos de grasa humana por la sencilla razón de que no tenían otros (como nosotros tomamos alimentos transgénicos y calzamos playeras deportivas confeccionadas por niños esclavos, sencillamente porque no conocemos otro modo de comer o de calzar). En tales circunstancias, saber captar y decir la verdad, como hizo Bertold Brecht en aquel famoso poema de “un día vinieron a por mi vecino, pero a mí no me importo porque yo no era comunista”, etcétera, es lo que distancia al intelectual serio y comprometido del hombre de la calle, pero no lo que pone a éste al mismo nivel que los vulgares asesinos. Hay una diferencia.

Pero esto, como todo, ha sido un ataque irreflexivo de la escritora, quien, en un determinado punto de su relato, vuelve a desmandarse ya definitivamente y, en la línea de los modernos escritores de bestsellers, comienza a meter a cajón en la novela diversos comentarios sobre temas más o menos de actualidad: como la polémica sobre el catalán, la abundancia de edificaciones en las playas, la música de Tito Puente, en fin... Llegados a la página 122 la señora Salabert pierde el oremus y nos cuenta que un niño “se pasa las horas muertas (...) viendo esos programas estúpidos del canal Disney en la tele”. Si doña Juana Salabert se abonó a Canal Plus y no está de acuerdo con su programación, agradeceríamos le escribiese una carta privada de protesta al director que no lo hiciera constar aquí, en una novela sobre el holocausto. Por más que esto del canal Disney la debiera enfurecer bastante; ni más ni menos que en la penúltima página, donde se supone que debería irse situando el colofón de la obra, ella aprovecha para decir, por boca de un personaje, que “la horrible sirenita de Walt Disney no era sino una impostora (respecto a aquella que, si recuerdan, hubieron de vender para intentar escapar al acoso nazi), la mentira inventada por cobardes a la búsqueda del final feliz para no tener que enfrentarse nunca a los finales del mundo”. Quien tal ha dicho demuestra así que, en el fondo, “no soy políticamente correcto”. Para despecho, quizás, de la señora Salabert, presentar esta gran giliflautada como colmo de la rebeldía contra el sistema no es sólo políticamente correcto, es políticamente intachable e impecablemente tontuno.

Con todo, lo peor de la novela es la estructura y, por ende, el ritmo. Dividida en dos planos temporales que se van alternando: 1942, año de los hechos luctuosos, y 1992 (no hay nada más que decir para quien sepa hacer cuentas y advertir claves sutiles y asombrosas) la primera parte se defiende mal

que bien alimentada por su propia sustancia; la segunda, sin embargo, no consigue en ningún momento levantar el vuelo. Culpa de ello la tiene esa costumbre actualmente tan extendida de explicarse a fuerza de imprecisiones, vaguedades, mezcolanzas de nombres, trajinete de lugares, aluvión de frases enigmáticas... A lo largo del relato surgen lo menos treinta escenarios, tan distantes entre sí como Jamaica, Lisboa, Berlín y San Martín de Valdeiglesias (es en serio), cincuenta nombres, veinte parentescos, otros tantos vecindarios... todo ello tan abigarrado, con saltos tan vertiginosos, y con tamaña falta de hilo, consecuencia y cuerpo que uno acaba verdaderamente mareado. No se discierne quién habla, cuándo, dónde ni por qué. La construcción es endeble, los golpes de efecto exageradísimos, el ritmo tan nulo que enseguida la historia comienza a dar vueltas sobre sí misma, sin rumbo ni sentido, en una confusión total. La documentación está metida a empujones donde buenamente cabe, el hecho de que se introduzca el tema de los sefardíes no hace otra cosa sino liar la presunta trama y empantanar más si cabe el relato. De la novela apenas si aciertan a salvarse diez o doce páginas (algunas de las que ocurren en el interior del velódromo); el resto es puro relleno, en ocasiones infame, a veces atroz, innecesario siempre salvo para, claro, llegar a las 300 páginas de rigor en la novelística al uso. Total, que jurados habrá por esos mundos a quienes prive este narrar artificiosamente enrevesado (Guillermo Cabrera Infante, que firma la solapa, opina que “es un raro privilegio leer esta narración original”); yo, que en tocante a esto soy no sé si más clásico o más corto de entendederas, tengo la rara costumbre de que me gusta enterarme de lo que estoy leyendo. Si no, como que no le encuentro gracia el asunto. En resumen: Velódromo de Invierno, un premio más. Un libro menos.

**Clandestino Menéndez**